

QUINZIANO, Franco. *España e Italia en el siglo XVIII: presencias, influjos y recepciones. Estudios de Literatura Comparada*. Navarra: EUNSA, 2008.

En el prólogo a esta excelente colección de ensayos que Franco Quinziano ha reunido bajo el título *España e Italia en el siglo XVIII: presencias, influjos y recepciones. Estudios de Literatura Comparada*, el hispanista Rinaldo Froldi sostiene con razón que ha sido mérito de la crítica comparatista italiana la revalorización, en las últimas décadas del pasado siglo, de la España de la Ilustración. Y a esta misma línea de investigación pertenece este libro de Franco Quinziano, quien, valiéndose de un sólido conocimiento de la historia y de la cultura literaria española e italiana del siglo XVIII, aborda distintos temas y aspectos de las relaciones entre ambos países anteriormente poco tratados por la crítica.

En el primer apartado del libro, *Relaciones culturales hispanoitalianas en el siglo ilustrado: dos aproximaciones*,

Quinziano ofrece una esclarecedora visión panorámica de los vínculos culturales que fueron afianzándose entre los dos países a lo largo de la centuria. En la primera de las dos aproximaciones en las que se desglosa el apartado, *Pórtico a las relaciones culturales hispanoitalianas en la primera mitad del siglo (1700-1759)*, el autor examina los influjos recíprocos entre ambas culturas que de manera tan decisiva contribuyeron a derribar tópicos y prejuicios arraigados en las dos naciones, influjos que se intensificaron extraordinariamente en la fase reformista del reinado de Carlos III. Un ejemplo de estas relaciones en ámbito literario la encontramos en la huella todavía vigente del teatro áureo español en el drama musical italiano. Por su parte, este mismo drama musical italiano está presente en la España de la primera mitad del siglo gracias a la popularidad de autores como Pietro Metastasio y, en menor medida, Apostolo Zenó. Pero donde la influencia de la cultura italiana se hace más patente y decisiva es en el ámbito de las nuevas ideas estéticas y de la preceptiva, con figuras como la de Ludovico A. Muratori, extraordinario erudito, historiador y crítico literario que ya en la primera mitad del siglo ejerció una notable influencia en el que fuera el más perspicaz preceptista español del dieciocho, Ignacio Luzán. Sin duda las ideas literarias de Muratori, junto a la producción poética arcádica italiana, estuvieron muy presentes en Luzán y su *Poética* de 1737. Luzán, que había transcurrido su juventud en Italia (de 1715 a 1733), era un excelente conocedor de la lengua y la cultura italianas y desempeñó un papel

de excepcional mediador cultural entre los dos países. Pero la influencia de Muratori en España, que se irá acrecentando con el transcurso del siglo, no se circunscribió solo al ámbito de las ideas estéticas, sino que abarcó otras parcelas del saber como la historia o el pensamiento religioso. Su intensa relación epistolar con uno de los exponentes más significativos de los novatores valencianos, Gregorio Mayans i Siscar, es una buena prueba de ello. Aún así, este común empeño de llevar a cabo una decidida renovación científica, cultural y civil se verá limitado en el caso del literato español a causa del temor a entrar en conflicto con la inquisición, hasta el punto de hacerlo desistir de traducir la obra más representativa del pensador italiano, *Las reflexiones sobre el buen gusto en las artes y las ciencias*, tratado que solo verá la luz en 1782 en una traducción muy libre y adaptada a la situación española a cargo de Sempere y Guarinos. Junto a Muratori, otros destacados representantes de la ilustración italiana tuvieron también amplia difusión en la península Ibérica, como Antonio Genovesi o el jurista Cesare Beccaria, autor del tratado *Dei delitti e delle pene* (sin duda la aportación más importante del pensamiento ilustrado italiano a la cultura europea del periodo) y cuyo influjo es posible percibir en el drama de Jovellanos *El delincuente honrado*.

El segundo capítulo de este primer apartado del libro lo dedica Quinziano a la literatura viajera dieciochesca (*Españoles en la Italia del Settecento: en torno a la experiencia viajera en los últimos decenios del siglo*). Entre los numerosos

viajeros que dejaron constancia de sus experiencias destacan, por parte italiana, Norberto Caimo, monje lombardo de mentalidad ilustrada que a mediados de siglo recorrió la península Ibérica tan deslumbrado por las obras de arte que encontró como escandalizado por el retraso social y económico del país. Mucho más objetivo e imparcial a la hora de valorar la cultura española se mostró, por el contrario, Giuseppe Baretta, uno de los grandes críticos literarios italianos del siglo. Por parte española, de entre quienes se decidieron a emprender el *Grand Tour* por tierras itálicas, sobresale el dramaturgo Leandro de Moratín, que entre 1793 y 1796 visitó las más importantes ciudades italianas observando con atención la realidad teatral del país; fruto de esta experiencia nació *Viaje a Italia*, excelente relato de viaje que, entre otras cosas, nos ha legado lo que Quinziano denomina un estimable esbozo de dramaturgia comparada o crítica teatral comparada italo-española. Otros testimonios importantes de la cultura y la sociedad italianas nos han llegado de la diáspora de los jesuitas españoles instalados en el país trasalpino, aunque en rigor sus testimonios no pertenezcan a la literatura viajera.

El segundo apartado del libro lo dedica Franco Quinziano a la fortuna de dos clásicos de la literatura española en la Italia del XVIII: *El Quijote* y *El burlador de Sevilla*. De la obra cervantina, Quinziano estudia los tres elementos claves que intervinieron en su proceso de recepción y transmisión, es decir, las traducciones, la recepción crítica y las adaptaciones e imitaciones

a que dio lugar el texto. Por lo que atañe a la traducción y la recepción crítica, el balance fue poco alentador. La única traducción que circuló en Italia durante el siglo de las Luces fue la que Lorenzo Franciosini publicó en 1622, y habrá que esperar hasta principios del siglo diecinueve para leer una nueva y más fiable traducción a cargo de Bartolomeo Gamba. Tampoco la crítica ilustrada mostró un gran interés por *El Quijote*; al ya de por sí escaso interés por el género de la novela en las letras italianas se añaden las denostadas opiniones que los críticos y preceptistas italianos habían proferido sobre la literatura española de los siglos XVI y XVII, acusándola de ser en buena medida la causa de la corrupción del gusto y la decadencia de la cultura italiana posterior. Pero si las traducciones y la recepción de la narrativa cervantina tuvieron un reducido éxito en la Italia del período, otra cosa bien distinta fue la abundante adaptación e imitación de temas y motivos cervantinos en el teatro italiano, especialmente en los géneros musicales como las operas serias y bufas, farsas o comedias. Los más de cuarenta títulos estudiados por Quinziano revelan cómo, a pesar de todo, la obra de Cervantes mantuvo en aquel tiempo una notable vitalidad.

Y algo similar a la recepción y transmisión del texto cervantino sucedió con el texto tirsiano. A la polémica antiespañola en el ámbito histórico-cultural a la que acabamos de referirnos se sumaron también las críticas de falta de verosimilitud y lenguaje ampuloso y afectado que recayó sobre *El Burlador de Sevilla*. Sin embargo, la

obra había triunfado en ese subgénero de teatro cómico italiano tan característico de la edad barroca que fue la *commedia dell'arte*, y ello favoreció su rápida difusión por la península, hasta que en la segunda mitad del dieciocho se impone de nuevo en los escenarios italianos gracias al teatro musical, con innumerables adaptaciones en melodramas trágicos, operas cómicas, bufas y de tipo popular, etc. Entre las escasas voces que a lo largo del siglo habían defendido el texto de Tirso de Molina, destacaron el crítico e hispanista Napoli Signorelli y algunos jesuitas expulsos españoles como Esteban de Artega o Llampillas.

El tercer y último apartado del volumen está enteramente dedicado al crítico y traductor napolitano Pietro Napoli Signorelli, una de las personalidades literarias italianas más fascinantes (y no siempre justamente valorada) de esa numerosa colonia de residentes extranjeros en la España de la segunda mitad del siglo XVIII. A través de una serie de estudios muy bien documentados, Quinziano reconstruye el contexto histórico-cultural del Madrid carolino en el que Napoli Signorelli desarrolló una importantísima labor de mediador cultural, tarea que se vio favorecida por la estrecha relación de amistad que estableció con los literatos José Cadalso y Nicolás Moratín, y, en general, con el círculo reformista ilustrado madrileño que frecuentaba las animadas reuniones de la fronda de San Sebastián. Signorelli fue uno de los más grandes estudiosos de teatro de su tiempo, autor de una obra monumental sobre el tema (*Storia critica de' teatri antichi e moderni*) en

la que asignó un espacio preferente al teatro español de los siglos XV al XVIII. A la muerte de Nicolás Moratín, Signorelli hereda la amistad con su hijo Leandro, con quien además le unió una misma concepción ideológica y formal de lo que debería ser el teatro, buscando siempre esa finalidad didáctica y reformadora propia del pensamiento ilustrado. Del dramaturgo madrileño Napoli Signorelli traducirá al italiano todas sus obras dramáticas a excepción de *El sí de las niñas*, y al estudio de estas traducciones dedica Quinziano un extenso y pormenorizado análisis, deteniéndose especialmente en la obra que, en su opinión, era la más emblemática: *La Comedia nueva*. La traducción de Napoli Signorelli tiene importancia pues el literato napolitano era consciente de las implicaciones polémicas que el texto moratiniano presentaba en el debate abierto en las últimas décadas del siglo entre defensores del teatro tradicional y defensores de la estética neoclásica. En realidad Signorelli, más que una traducción literal, llevó a cabo una apropiación personal del texto modificándolo según sus propios intereses estéticos-ideológicos para que, polémicamente, interviniera con idéntica eficacia en la batalla por la reforma del teatro en los dos países. Cotejando los dos textos, el original de Moratín y su traducción al italiano, Quinziano realiza un análisis que pone en evidencia los cambios, sustituciones y añadidos de la versión italiana, que afectan muy especialmente a la configuración de algunos personajes y a los diálogos. Es llamativo en este sentido, los diálogos añadidos en las últimas escenas de

la comedia con la intención de acentuar el carácter polémico del texto original, y a través de los cuales Signorelli arremete contra sus adversarios literarios españoles, como Vicente García de la Huerta, Ramón de la Cruz o Francisco Javier Llampillas.

En definitiva, el libro de Franco Quinziano se presenta como un estudio fundamental, completo y muy bien documentado que corrobora el extraordinario papel que desempeñó la cultura italiana en la cultura española del ochocientos.

Laureano Núñez García